

El 3 de febrero de 2007, con 32° a la sombra, los vecinos de Almagro-Balvanera hicimos cuatro baldosas frente a la Casona Cultural de Humahuaca 3508. Entre mates y sándwiches, fueron presentándose las condiciones para un encuentro...

María Angélica Goldar Parodi cuenta que veía a Eduardo (dos años mayor que ella) como el grande y fuerte. Aprendió con él a jugar a lo bruto: Titanes en el ring (sábados, 23 horas, canal único) y recitar el plantel de River: Carrizo, Ramos Delgado, Echegaray... Eduardo era, además de inteligente, muy memorioso y competitivo. Iba al colegio San Francisco de Salles (ubicado a dos cuadras de su casa) por decisión de su madre religiosa (el padre era agnóstico). Eduardo ganó un concurso por representar al cura Arce: el premio era una bicicleta de mujer, por lo cual salí ganando... La risa revirtió en llanto cuando María Angélica recordó el secuestro de su hermano. Eduardo era un militante de la Salud Pública (así reza su baldosa, por su dedicación como pediatra en el Hospital Rivadavia).

Investigador en Genética Humana (uno de los precursores de esa especialidad médica en el país), volvía de un Congreso en Misiones cuando derribaron la puerta de su casa y secuestraron a su esposa. Una vecina conocía el teléfono de la suegra de Eduardo porque cuidaba a su hijo mientras volvían de trabajar sus padres y/o abuelos. Ruidos inexplicables para ella la llevaron a llamar a la policía, y después de no obtener respuesta a su denuncia, le avisó a la suegra de Eduardo. Ella llamó a un hijo que vivía en otro piso del edificio y así consiguieron evitar que Nicolás Goldar Parodi (ya vestido para ser llevado junto a su madre) forme parte de los niños que perdieron su historia (y/o su vida). La bailarina Nora Codina (esposa de Eduardo) fue liberada después de haber sufrido todo tipo de vejámenes.



SERGIO ANTONIO MARTÍNEZ

Nació en Trenque Lauquen, el 22 de noviembre de 1956. Hijo de Ibis Nancy Giménez y de Emilio Héctor Martínez. Cursó sus estudios primarios y secundarios en el Colegio Miguel Di Gerónimo. A los 18 años se trasladó a la ciudad de Buenos Aires, donde vivió con su amigo y compañero Ricardo Frank Huarte, y donde trabajó y estudió, tratando siempre de consolidarse como ser humano, abrazó desde niño una fuerte empatía con los más necesitados y sus ideales de Justicia Social. El 10 de noviembre de 1978 fue secuestrado por el Grupo de Tareas de la Escuela de

Mecánica de la Armada de su domicilio, junto a Frank y llevados a ese Centro Clandestino de Detención (dato aportado por sobrevivientes).

"Yoyi hacía su propia política, no militaba pero tenía claro qué era lo que quería y que no.

Era enemigo de la violencia, aun la verbal. No recuerdo entre sus juguetes armas de plástico, jugaba con autos, o con instrumentos musicales, además de su guitarra, tenía una armónica y hasta un par de castañuelas que circulaban por la casa. Siempre estaba haciendo bromas, era bastante payaso, tal vez por eso le gustó estudiar teatro infantil.

Yoyi no tenía nada y a la vez lo tenía todo.

Le dolía el dolor por el dolor mismo, pero sabía ser feliz como nadie cuando alguna alegría llegaba a nuestras vidas, él disfrutaba no sólo de las suyas, sino con las alegrías de todos.

Nunca practicó la envidia. Cómo no recordarlo en alguna poesía. Alguna canción navideña. En alguna mateada en la arena, o alguna caminata a la luz de la luna contando estrellas.

Tenía don de gente, educado, parlanchín y querible, poseedor de un espíritu aventurero y audaz, nunca bajó los brazos.

Creía en Dios y le dolía cuando mi madre decía malas palabras; juntaba sus manitos mirando al cielo y le decía: "perdónala Diosito por lo que dice". Me preguntó que le habrá dicho a su "Diosito", cuando vivió el horror de la ESMA.

Cuando escuchaba también sufrir a sus compañeros de cautiverio.

¿Sabrán éstos asesinos el daño que hicieron? Hasta las bestias sienten piedad.

Yoyi sólo hacía el bien ayudando como podía, se oponía a la dictadura como la mayoría, pero tuvo el coraje de decirlo, de opinar, de comprometerse.

Por eso era peligroso.

Por eso lo llevaron.

Por eso lo desaparecieron.

Se ganó siempre a las personas con el corazón.

Tenía perfil bajo, pero siempre se hizo oír.

Nunca pudieron callarlo.

Nunca pudieron quebrarlo.

Nunca pudieron...

Por eso lo mataron".

Fragmento del libro YOYI, de Trenque Lauquen. 30.000 desaparecidos, una historia, cuya autora es Silvia Raquel Martínez, hermana de Yoyi.